

UN CLARETIANO ALEMÁN EN LA INDIA

Memorias del P. Franz X. Dirnberger

Cyriac Njayarkulam, CMF



Con la Madre Teresa de Calcuta

Prefacio imaginario escrito por el P. Dirnberger

Claretianos del comienzo del tercer milenio, ¿queréis escuchar la historia de este *Thatha* (abuelo) de los claretianos de la India y de Sri Lanka? No me resulta fácil contar la historia de mi vida en las pocas páginas de un opúsculo como éste. Pero, de todos modos, voy a ofrecer unas pinceladas, aunque resulten demasiado esquemáticas. No he podido conocer a las nuevas generaciones de claretianos de la India, de Sri Lanka o de otras partes de la Congregación. Ojalá estas páginas ayuden a todos a saber algo acerca de este *abuelo* cuyo corazón sigue latiendo por vosotros desde la casa del Padre.

Es importante que conozcáis los orígenes de la historia de la congregación claretiana en la India. La voy a relatar con mis palabras, partiendo de mi propia experiencia. Dios me dio la gracia de escribir mis memorias unos cuantos meses antes de exhalar mi último aliento y partir para la casa de nuestro Padre Celestial. Ellas os ayudarán ahora a conocer cómo empezó todo en suelo indio. Las escribí porque me lo pidieron con insistencia dos venerables veteranos de la Provincia Alemana, muertos ambos en 1980: el P. Andreas Back y el P. Peter Schweiger. Del mismo modo que nuestro Padre Fundador escribió su autobiografía por expreso mandato del entonces superior General, P. José Xifré, también yo escribí mis experiencias pensando en las jóvenes generaciones de claretianos. Lo hice –lo repito– porque me lo pidieron estos dos venerables padres y también como un homenaje a las muchas personas buenas y generosas que me apoyaron en mis empresas misioneras y que contribuyeron a la formación de los claretianos jóvenes de la India. Después de estas líneas introductorias, dejadme que empiece ya mi historia.

Primeras etapas de mi vida

Nací el 13 de enero de 1916, en plena Primera Guerra Mundial. Fui el decimotercer hijo del matrimonio formado por mis padres Michael Dirnberger y Krescenz (de soltera Ruhland), de Trosendorf, en Flischberg, en el Alto Palatinado. Mis padres eran agricultores honrados que poseían la *Blomhof*, una pequeña granja agrícola.

A mi padre lo llamaron a la guerra. Mi madre quiso que me bautizaran el mismo día de mi nacimiento. Hacía muchísimo frío. Sobre el hielo había una capa de nieve reciente. Nuestra casa estaba en la cima de una colina. Me arrojaron bien para mantenerme caliente. Me llevó a la iglesia una de mis hermanas, que resbaló en el hielo. Caí rodando unos veinte metros ladera abajo. ¡Ese fue mi primer éxito en mi lucha por la libertad! Me dejé caer sin más. La gente dijo que ni siquiera había llorado. Esto me ganó para siempre la simpatía de mi hermana. Cabría esperar que mis hermanos y hermanas mayores no me recibieran con mucho entusiasmo. Sin embargo, dado que yo, en su opinión, era un niño cariñoso y guapo, no tuve ningún problema en integrarme en mi familia.

En el momento del bautismo me pusieron el nombre del gran misionero evangelizador de la India, Francisco Javier. ¿Era una señal de que también yo llegaría a ser misionero? Al principio yo no quería ser misionero. Quería ser sacerdote diocesano como nuestro párroco. Se lo dije a mi querida madre un poco antes de su repentina muerte el 4 de octubre de 1922.

Fui a la escuela primaria en Dowerin. Después, a la escuela principal de Döfering, que tenía fama de ser la mejor escuela de todo el distrito. Todos los niños tenían que ir a misa a diario, tanto en verano como en invierno. A nosotros, los que veníamos de Flischberg, no se nos dispensó de esta norma, a pesar de que Flischberg estaba dos kilómetros de la escuela. Si por casualidad faltábamos a misa recibíamos un triple castigo. En primer lugar, nos castigaba el maestro que era al mismo tiempo el organista de la parroquia. Mientras tocaba, se fijaba atentamente para ver si faltaba alguno. También el párroco contaba a los niños cada día en la iglesia y no ahorraba sus castigos. El tercer castigo nos venía siempre de parte de nuestro padre. En aquella época había una buena colaboración entre padres, párroco y autoridades escolares.

Después de aprobar el examen de ingreso para la escuela secundaria en Straubing, me admitieron en el seminario menor de esa ciudad. Fui muy juguetón durante los cuatro años que pasé en él. Dirnberger nunca faltaba cuando se jugaba a algo divertido o se hacía alguna broma. Apenas había algo de importancia en lo que Dirnberger no jugara algún papel.

El 8 de diciembre de 1929, durante la celebración mariana, me subió mucho la fiebre y tuve que acostarme. El médico de familia vino enseguida y me diagnosticó pleuresía. A menudo esta enfermedad se relaciona con la tuberculosis. Al cabo de unos días mi padre me llevó a casa para pasar las vacaciones de Navidad. Cuando terminaron, yo quería regresar al seminario, pero la enfermedad no desapareció tan rápido. Después de examinarme con rayos X, el médico vio que tenía ya afectado el pulmón derecho. Puesto que no tenía fiebre, me permitió regresar al seminario de Straubing a mediados de enero, pero no estaba completamente sano. El médico me hizo un cuidadoso examen. Reconoció que tampoco el corazón estaba funcionando como era debido. Era demasiado grande. Me llevaron al recién construido Sanatorio T.B., cerca de Donaustauf, en un precioso entorno, muy cerca de Walhalla, el famoso monumento de guerra en memoria de los héroes alemanes. Los gastos diarios eran demasiado elevados para una familia con diez hijos como la mía. Cuando solicitamos alguna rebaja nos dijeron: “El jovencito puede también morir en casa. Sin duda, es mucho más barato”. Pero no quise hacerles ese favor a los médicos de aquel Sanatorio. Al cabo de dos meses volví a nuestra granja *Blomhof* y empecé a colaborar en las tareas. Pastoreaba

las vacas de mi padre por las colinas y valles. Después de tres años recobré completamente la salud gracias al aire fresco y a una buena alimentación a base de pan y leche. Se despertó en mí de nuevo la vocación al sacerdocio.

El rector del antiguo seminario me hubiera admitido otra vez, pero yo era lo bastante orgulloso como para no querer sentarme en las clases con compañeros de mi misma edad que me sacaban tres cursos. Así que busqué el modo de entrar en un seminario para vocaciones tardías en el que pudiera completar los tres años que había perdido. Vi entonces en la última página de la hoja dominical de la diócesis de Regensburg un pequeño anuncio que decía: “Seminario para vocaciones tardías regido por los Claretianos en Heudorf, cerca de Riedlingen, en Württemberg”. De hecho, este seminario nunca llegó a existir. Hitler, que acababa de llegar al poder, no hubiera permitido que se fundara. Necesitaba soldados, no sacerdotes. Este anuncio fue una especie de indirecta de la divina providencia para que pudiera conocer la Congregación Claretiana y me hiciera religioso.

En los colegios de Weissenhorn y Würzburg

Escribí una carta al superior del seminario para vocaciones tardías y, al cabo de una semana, recibí contestación del superior de la casa claretiana de Dreifaltigkeitsberg (*Colina de la Trinidad*), cerca de Spaichingen. Su nombre era Peter Schweiger. Se dirigía a mí como un campesino más. Me pidió que le enviara sin falta la solicitud de admisión. Lo hice inmediatamente. Recibí la respuesta de entrar en la quinta clase del Colegio Claretiano de Weissenhorn, cerca de Ulm. Cuando me presenté en el colegio, providencialmente estaba allí el P. Schweiger con su encantadora sonrisa. Le pidió al P. Alois Gonschior que me introdujera en la comunidad de los estudiantes. En aquella época había cincuenta estudiantes, aunque solo estaban presentes la mitad. La otra mitad estaban en sus casas de vacaciones. Inmediatamente tuve la sensación de que había aterrizado en el lugar adecuado. Estuve en ese lugar un par de años. Terminé la escuela secundaria en la Pascua de 1935. Pasé a la siguiente etapa educativa en el antiguo Instituto de Würzburg. Martín Lutero había visitado esta escuela cuando era un monasterio agustino.

Hitler se estaba preparando para la guerra. Necesitaba soldados y oficiales. Por esa razón se nos acortó en un año el tiempo de las clases. Se fijó el examen final al acabar el octavo grado. De esta manera pude *recuperar* uno de los tres años perdidos.

El servicio militar

Después del examen final, todos los estudiantes que terminamos tuvimos que hacer siete meses de servicio militar. Mi campamento estaba en la ciudad de Wohlau, en la Baja Silesia, no lejos de Breslavia, la actual Wroclaw, en Polonia. Tuvimos que trabajar con palas y hachas para talar árboles, construir canales de agua y carreteras y plantar árboles. En vez de armas usábamos palas. Una tarde del mes de mayo tuvimos que escuchar el discurso del Dr. Göbbels, ministro de la propaganda del Gobierno del *Reich*. Se tiró dos horas atacando e insultando a la Iglesia Católica, obispos, sacerdotes y religiosos. Para él casi todos eran inmorales y perversos. Después del discurso algunos compañeros se acercaron y me gritaron: “¿Qué? ¿También tú quieres hacerte *cura*?”. Otros me protegieron. Incluso iban conmigo a misa los domingos. No tengo ninguna queja contra mis superiores. Siempre fueron amables conmigo. Me dieron el nombre de *pastor* porque yo solía manifestar que quería ser sacerdote. Me seleccionaron para participar como delegado de los

trabajadores en la concentración que se tuvo en el mes de septiembre en Nüremberg. Se consideraba que era un honor especial poder ver al *Führer*. Nos entrenaron durante dos meses para ese desfile militar. Al final, no fui a Nüremberg y jamás en toda mi vida pude ver a Hitler. A los hijos de los campesinos nos dieron vacaciones, un mes antes que a los demás, para que pudiéramos colaborar en la cosecha de patatas. Yo di prioridad a la cosecha de patatas antes que a la visita al *Führer*.

Al acabar mi servicio militar fui a Frankfurt con cinco compañeros para empezar la filosofía en Sankt Georgen, el seminario mayor de los jesuitas. Tanto las clases como los exámenes eran en latín. Desde la fiesta de Todos los Santos de 1938 hasta el año siguiente pude hacer el año canónico de noviciado: medio año en el Colegio Claretiano de Weissenhorn y otro medio en Frankfurt, durante mis estudios. Si no hubiéramos ido a estudiar a Frankfurt nos habrían enrolado en el ejército.

Estallido de la Segunda Guerra Mundial. Experiencias de guerra

La Segunda Guerra Mundial estalló en Septiembre de 1939. Nos las arreglamos para terminar el noviciado. Fui el primero al que llamaron al servicio militar. Me tocó el arma de artillería. La instrucción de los reclutas se hacía en Weimar, muy cerca del conocido campo de concentración de Buchenwald donde fueron asesinados cientos de miles de prisioneros. Me enviaron, junto con otros compañeros, a un curso para oficiales superiores. Querían convertirme de clérigo en oficial activo. Al final del período de instrucción, el jefe de la división, que tenía rango de coronel, vino para hacer la inspección. Intercambió algunas palabras con cada uno de nosotros, también conmigo. Me preguntó si todavía quería ser sacerdote. Respondí con un enérgico “Sí, mi coronel”. “Ah, hoy en día no hay lugar para esta profesión. Hazte oficial. Se te abre todo un mundo”. Yo repliqué: “Siento no estar de acuerdo con usted. Sobre este asunto, tengo otra opinión, mi coronel”. Me contestó bruscamente por haberme atrevido a hablar en contra de un oficial superior. No fui promovido como los demás. Borraron mi nombre de la lista de los candidatos a oficiales.

En mayo de 1940 nos destinaron a la frontera. Llegué al Batallón del Regimiento 87 de la séptima división motorizada que estaba bajo el mando del General Erwin Rommel. La “guerra relámpago” de Francia estaba a punto de acabar. Nos dieron tres semanas de vacaciones a toda la división divididos en dos grupos. A nuestro regreso, tuvimos otra vez instrucción y ejercicios como en tiempo de paz. Al cabo de tres meses, la división fue trasladada a la zona de Burdeos. Era ya invierno. Incluso en Francia el invierno puede ser muy frío. Pero disponíamos de buenos uniformes para mantenernos calientes por fuera y de coñac para calentarnos por dentro. De esta forma sobrevivimos bastante bien al invierno.

En la primavera de 1941 recibimos la buena noticia de que a los estudiantes que tenían que hacer su examen final ese año se les permitiría hacerlo si así lo solicitaban. Esto valía para mí. Solicité vacaciones con objeto de hacer mi examen final de filosofía en la universidad de Würzburg. La cosa salió redonda. Tuve que volver a mi División en agosto. Ya no estaba en Francia. La habían trasladado cerca de Bonn. Me acomodaron durante dos meses en una casa privada y así pude disfrutar del humor, la hospitalidad y el ambiente agradable de la gente del Rin.

Cuando nos trasladaron a mediados de junio al frente ruso en la zona de Prusia oriental, era evidente que lo que se buscaba era atacar a Rusia. Nuestros vehículos rodaron hasta Wila, en dirección este, sin ninguna resistencia. La primera oposición se dio en la tarde del 22 de junio de

1942. Hubo heridos y muertos. Entonces los tanques enfilaron hacia el este en dirección a Jarzewo. Aquí tuvimos que enfrentarnos a la artillería rusa. Nuestros cuatro tiradores estaban tumbados en posición de tiro cerca de un estanque. Durante una pausa en el tiroteo, eché un cubo de agua sobre la cabeza y la espalda de nuestro campeón de fútbol que se apodaba *Bammel*. En ese momento se produjo un tremendo ruido: una granada cayó a solo tres metros. Un gran trozo de metralla arrancó una parte de la cabeza de *Bummel*. El buen *Bummel* murió.

Nos llevaron a Jarewo un par de semanas. Después pudimos avanzar hasta nuestro siguiente objetivo: Viyasma. Ahí tuvimos que vérnoslas con la caballería rusa. Ahuyentamos en la batalla a muchas divisiones rusas. Ni la caballería ni la infantería rusas podían doblegar a nuestros tanques. Fueron aplastadas. Fue alrededor del 10 de octubre. El invierno ya había comenzado. Había hielo y nieve por todas partes. Hubo nuevos ataques a finales de noviembre. Avanzamos hasta el Volga, a solo 25 kilómetros de Moscú. Teníamos a la vista las afueras de la ciudad. Ese era el punto máximo al que podíamos llegar.

Los rusos se habían fortificado en la otra ribera del río. Se desató la alarma el 6 de diciembre por la tarde. Los rusos atacaron con tanques. La mayoría de nuestros vehículos no pudieron arrancar por culpa del frío. Nos vimos obligados a dejar a los rusos la mitad de nuestros vehículos. Nos fuimos a pie en grupos. Nos persiguieron no sólo en la llanura, sino también desde al aire, con disparos y bombardeos. Una bomba cayó en mitad de nuestro camión. La explosión produjo seis muertos. Ni a mí ni al conductor nos pasó nada. No tuve ni un rasguño, a pesar de que mi fusil fue destrozado completamente por la metralla. Atribuyo esto a la protección de la Virgen Santísima.

Seguimos retrocediendo con el camión incluso de noche. Como la carretera estaba cubierta de nieve, el conductor derrapó y fue a dar a la cuneta. El camión se tambaleó. Yo acabé debajo del vehículo. La altura de la nieve impidió que fuera aplastado. Me hice solo unos cuantos rasguños. Me llevaron durante algunos días a una casa rusa. Cuando la señora rusa se enteró de que yo quería ser sacerdote me cuidó como una madre. Después de Navidad retiraron nuestra División de la línea de fuego. Más tarde nos trasladaron a Francia para que nos repusiéramos un poco. Llegamos a Marsella, a una zona que todavía no había sido ocupada. Nos dieron a todos uniformes nuevos. Todos los vehículos, armas y tanques disponían de los mejores equipamientos. Así que en enero de 1943 volvimos a Rusia con la orden de romper el cerco en torno a Stalingrado junto a tres unidades de tanques. La escuadra del general Paulus se encontraba atrapada allí desde hacía más de medio año con unos cien mil soldados.

No tuvimos éxito con el truco de la liberación. A pesar de nuestros nuevos equipamientos y de las mejores armas fuimos derrotados miserablemente. Una fuerza militar treinta veces superior a la nuestra opuso resistencia. Stalingrado cayó el 2 de febrero de 1943. Todos los supervivientes fueron llevados prisioneros a Siberia. A mí me hirieron dos veces aquella noche con un disparo en el cuello y otro en la parte superior del brazo derecho. Quedé tendido en la nieve, inconsciente. Los rusos me dieron por muerto. Después de un par de horas me desperté y recobré la consciencia. Miré alrededor y solo vi en torno a mí caídos. Los heridos se los habían llevado ya. Perdí mucha sangre, así que tenía una sed tremenda. No había agua. Sorbí un poco de nieve. Deseé ardientemente volver a casa. Solo había posibilidad de rescate en la zona occidental, así que me levanté y marché hacia el oeste. Evitando los poblados, llegué a una carretera cuando ya estaba amaneciendo. Como enviado del cielo, apareció un camión con el distintivo de nuestra división. Me dieron los primeros auxilios y me lavaron. Me pasé casi todo el día durmiendo. Después de catorce días llegué al Hospital Militar de Kirchheim, en Turingia, en un buen tren en el que trasladaron a los heridos.

La recuperación fue rápida. Al cabo de un mes estaba de nuevo listo para volver a la guerra. Legué a la División de Reserva en Mullheim. Allí me nombraron instructor por mi experiencia en el frente. Mientras tanto, los americanos y los ingleses ya habían aterrizado en Italia. Mi regimiento fue trasladado inmediatamente a Nettuno y Anzio para expulsar a los invasores. Fue imposible. Nos disparaban de tal manera desde los barcos que no podíamos ni siquiera salir de nuestras trincheras. En una pausa de los bombardeos, nos llegó una noticia por teléfono: “El suboficial Dirnberger tiene que empezar inmediatamente en la Escuela de Instrucción de Grossborn en el oeste de Prusia”. Yo interpreté esa orden como una intervención de María para librarme de la batalla. Me llevaron en un *jeep* a la estación de ferrocarril de Roma. Desde allí, en un par de días, llegué al centro de entrenamiento de tropas de Grossborn.

El atentado contra el *Führer* tuvo lugar el 20 de julio de 1944 durante mi estancia en la escuela de entrenamiento. El nerviosismo cundió por toda Alemania. Estoy seguro de que la mayoría de la gente pensó como yo: “¡Qué lástima! ¡Cuánta miseria y dolor nos habríamos ahorrado si el atentado hubiera tenido éxito!”.

Una vez que terminó la instrucción a finales de agosto, fui destinado a echar una mano en la nueva división de infantería. Los americanos atacaron y me cogieron prisionero al cabo de tres semanas en Dueren. Me quitaron todo el oro y las condecoraciones que había recibido durante el servicio militar. Yo estaba feliz y contento por haber salido con vida de la guerra. Pasamos mucha hambre durante los tres primeros meses de los diez que estuvimos prisioneros en Francia. La comida era buena pero no suficiente. Los estudiantes de teología fuimos trasladados a otro campo en el que se nos permitió estudiar. Un capellán militar se preocupó de nuestro caso con éxito. Hizo lo posible por sacarnos de la prisión antes del tiempo establecido. En noviembre nos llevaron a Münster, en Westfalia, y luego, a mediados de diciembre, nos mandaron a casa. Éramos libres de nuevo, pero en una Alemania pobre y destruida.

De vuelta a los claretianos de Würzburg

Lo primero que hicimos fue dar gracias a Dios por haber vuelto vivos a casa. Viajé en un vagón de mercancías desde Münster a Würzburg junto con un estudiante de teología. Llegamos a las 10 de la noche a la estación. Toda la ciudad estaba en ruinas. En el centro no había ni una sola casa entera. Fuimos primero a nuestra antigua casa claretiana en la calle Mergentheimer, número 60. Pero había sido bombardeada. No se veía ninguna luz, ni siquiera en el sótano. Desde aquí fuimos a visitar un viejo amigo de los claretianos, el señor Kropp, en Steinbachtal. Él nos puso al corriente de la situación de los claretianos en ese momento. Nos dijo que estaban en el sótano de la casa vecina en la calle Mergentheimer. Cuando tocamos el timbre, nos abrió la puerta el P. Wambach. Avisó a toda la comunidad. Nos acogieron calurosamente. Durante dos horas estuvimos conversando y compartiendo novedades.

Pude llegar a Flischberg a tiempo para celebrar la Navidad en *Blomhof*. Enseguida se corrió la noticia de que Franz, el de Blom, había vuelto de la cárcel de guerra. Flischberg fue un rincón seguro al que no le afectó la guerra. *Blomhof* no había cambiado mucho. Mi anciano padre vivía allí, junto con mi hermano Ludwig y mis hermanas Anna y Frieda. Faltaban mis hermanos Hans y Josef. Josef cayó en Rusia en 1943. Hans estaba en la lista de desaparecidos en Rusia desde 1943. Mis hermanos George y Michael escribían cartas desde su prisión en Inglaterra. Permanecí solo unos cuantos días. Hacia finales de año volví a Würzburg para comenzar de nuevo los estudios.

Ordenación presbiteral y primera misa

Dado que el seminario Sankt Georgen de Frankfurt había sido completamente bombardeado y todavía no lo habían reconstruido, era imposible seguir estudiando allí. Junto con el estudiante Faust me puse a buscar la posibilidad de estudiar en Würzburg. En el monasterio de los padres de Marianhill empezó a funcionar a principio del nuevo año la facultad de teología. Debido a los largos años de guerra, todos nosotros, los estudiantes, rondábamos ya los 30 años. Asistíamos a clase de buen grado porque teníamos ganas de aprender y queríamos ser ordenados sacerdotes lo antes posible para poder trabajar pastoralmente. Los tres años de teología pasaron a toda prisa. Fuimos cuatro los diáconos que nos ordenamos sacerdotes el 8 de agosto de 1948 en la iglesia parroquial de la Santa Cruz, que era la única iglesia que se había librado de los desastres de la guerra. Los nuevos sacerdotes fuimos un benedictino, dos salesianos y yo.

Mi primera misa solemne fue el 17 de agosto en la iglesia parroquial de Doeffering en la Selva Bávara. El predicador fue el P. Schweiger. Predicó alrededor de una hora sobre la dignidad del sacerdocio y los retos de nuestro tiempo. Me quedé tres días más en casa para visitar amigos y vecinos. El 22 de agosto llegué a tiempo al Colegio de Weissenhorn, donde yo había hecho mi primera profesión hacía nueve años, para la celebración de las primeras profesiones. Se celebraba entonces la fiesta del Corazón de María. Durante el almuerzo el P. Provincial me presentó como nuevo sacerdote y anunció que a partir de ese día yo sería el prefecto en el seminario claretiano de Würzburg. Además de llevar adelante mi trabajo, estudié también filosofía durante tres años para ayudar mejor a los estudiantes mejor en sus estudios. En el verano de 1951 recibí un nuevo destino. Fui nombrado superior de la comunidad de Würzburg. Mi nueva tarea consistía en predicar, colaborar con las parroquias, hacer promoción vocacional y recaudar dinero para rebajar el peso de la deuda que tenía la Provincia. Durante seis años trabajé como “mendigo de Dios” de parroquia en parroquia, e incluso de casa en casa, por varios lugares.

Provincial de la Provincia alemana y superior de Frankfurt

Volvió a haber cambios en 1957. Fui nombrado provincial y superior de la casa de Frankfurt. Emprendimos en ese tiempo la construcción de la hermosa iglesia del Corazón de María. La bendijo el obispo auxiliar de Limburg Kampe el 21 de junio de 1959. Mi estancia en Frankfurt duró tres años. Después fui al Colegio Claretiano de Weissenhorn como profesor de latín y griego. Yo había pasado allí un par de años como estudiante y otro como novicio. Pasé allí seis felices e inolvidables años con los estudiantes en un ambiente feliz. Fue en ese tiempo cuando empezamos una nueva fundación en Luedenscheid, en Westfalia, al norte de Alemania con el P. Anton Bertsche. Transformó aquella parroquia en una parroquia modélica, con casa parroquial, jardín de infancia y hogares para huérfanos y ancianos. Incluso empezamos un seminario para vocaciones de la zona norte de Alemania.

En 1961 fui destinado a Schwyz, en la hermosa Suiza. En aquella casa funcionaba un internado para estudiantes de la zona. Durante los cuatro años que pasé en Suiza prediqué en unas 200 iglesias y conseguí muchos benefactores y simpatizantes para nuestras misiones. Casi cada parroquia asumió el apadrinamiento de un seminarista durante diez años y, al cabo de los diez años, renovaron su compromiso sin problemas.

1960, año importante para la Provincia alemana

En 1960 se celebró en Munich el Congreso Eucarístico Mundial. Con esta ocasión vino a Munich monseñor Sebastian Vaylil, obispo de Pali, en el estado de Kerala, al sur de la India. Se hospedó en nuestra casa de Frankfurt. Hablamos sobre las posibilidades de evangelización en la India. Era muy difícil que los extranjeros pudieran conseguir el visado de entrada. El gobierno indio apreciaba las ayudas para el desarrollo, pero no deseaba misioneros. Así que decidimos traer a Alemania a algunos estudiantes que quisieran ser misioneros claretianos. Recibirían la formación en Alemania y, una vez ordenados sacerdotes, regresarían a la India para empezar allí la Congregación. Les resultaría más fácil trabajar a ellos que a los extranjeros.

Le preguntamos al obispo Sebastian Vaylic si le parecía un plan viable. El obispo dijo que sí. Acordamos ayudarnos mutuamente. Él enviaría a Alemania los estudiantes que quisiesen ser claretianos. Nosotros financiaríamos la preparación de médicos en facultades de medicina alemanas para sus hospitales diocesanos. El proyecto empezaría en noviembre de 1961.

En septiembre de ese mismo año se tuvo en Roma el XVI Capítulo General de los Misioneros Claretianos. Participé en él como provincial de Alemania. Al presentar mi informe sobre la provincia, dije que la provincia alemana pretendía abrir una misión en el Congo y otra en la India. Estoy seguro de que los capitulares tuvieron la impresión de que el Provincial de Alemania exageraba un poco: ¡dos misiones en diferentes continentes al mismo tiempo! Cuando hablé con el Superior General, P. Peter Schweiger, acerca de este plan en una conversación privada hizo un gesto negativo y no quiso saber nada sobre este asunto. “¡No os metáis en eso! Los indios están muy enfrentados a causa de los diversos ritos. La cosa no saldrá”. Cuando más adelante le dije que nos habíamos comprometido en serio con el obispo de Palai, con permiso del P. General, claro, y le pedí encarecidamente que no nos prohibiera este experimento, se quedó pensativo y dijo: “No quiero prohibirlo. Podéis ir adelante. Os doy mi bendición para esta empresa”. Se me quitó un peso de encima. Ratificamos el contrato.

El día de Todos los Santos de 1961 un barco atracó en el puerto de Venecia con siete estudiantes indios. Cinco querían ser claretianos y el resto médicos. Después de aprender alemán durante un año los cinco candidatos fueron admitidos para hacer el noviciado en *Dreifaltigkeitsberg*. Su maestro de novicios fue el P. Albert Beathalter. Después vino el segundo grupo. Esta vez también en barco, a través del Canal de Suez. En el arco de cinco años vinieron a Alemania treinta estudiantes de la India para quedarse con nosotros y diez para estudiar medicina. De esos treinta, veinte consideraron más tarde que no tenían vocación misionera y cambiaron la orientación de sus estudios. Los primeros estudiantes indios que se ordenaron sacerdotes fueron Joseph Madhavath y Mathew Pazhaemkottil. Fueron ordenados por monseñor Vayalil en la iglesia del Inmaculado Corazón de María de Frankfurt el 25 de julio de 1968. Regresaron a la India al año siguiente.

¿Quién irá a la India como pionero?

El gobierno provincial estaba buscando un padre alemán que fuera con los recién ordenados a la India y acompañara a los jóvenes misioneros con su consejo y su apoyo fraterno en la construcción de la Congregación en este país. Se sugirieron varios nombres: Walter Safran, Albert Beathalter, Lorenz Reifenberger ... incluso surgió el nombre del P. Schweiger. Entonces uno me dijo: “¡Vete tú! Tú has montado este tinglado. Tú has cocinado la sopa. ¡Ahora te toca comértela!”.

Pero yo creía que no era apto por tres razones. La primera era que tenía ya 55 años. Nadie envía a un tipo de esta edad para empezar algo nuevo. La segunda era que no disfrutaba de buena salud. Tenía alta la glucosa y a veces me daba algunos sustos. En tercer lugar, no hablaba ni una palabra de inglés. El conocimiento del inglés era una condición indispensable –*conditio sine qua non*– para un trabajo eficaz en la misión.

Lo que dije fue esto: “Si todos vosotros creéis que esta es la voluntad de Dios, entonces no pongo ninguna objeción más”. En seguida llegó la respuesta unánime de los padres Schweiger y Back: “Sí, esa es la voluntad de Dios”.

A partir de ese momento no volví a decir nada más en contra. Preparé las maletas y volé a la India en la semana santa de 1970. El P. Madhavath me recogió en el aeropuerto de Bombay. Juntos volamos a Cochin. De allí nos llevaron a Kuravilangad. De este modo llegué al lugar donde estaban mis compañeros claretianos. Se suponía que llegaba para echar una mano en el comienzo del trabajo misionero de los claretianos en la India.

Diferentes hitos del desarrollo de la Congregación Claretiana en la India

Monseñor Vayalil nos visitó el lunes de pascua de 1970 para poner la primera piedra de la capilla de nuestro seminario menor en Kuravilangad. Lo construyeron en dieciséis meses. Podía albergar 80 estudiantes. Fue bendecido e inaugurado solemnemente por el mismo obispo en la fiesta de San Antonio María Claret de 1971. Estuvo presente en esa ocasión el P. Peter Schütz, provincial de Alemania.

Hacia finales de mayo de 1971 se terminó el primer noviciado y el día 31 tuvo lugar la ceremonia de las primeras profesiones. Los estudios de filosofía vinieron después. Tres meses antes estábamos ya pensando dónde enviar a los estudiantes a estudiar filosofía. No queríamos construir una Provincia de Kerala sino una Provincia de la India. Pensamos entonces en Bangalore como lugar para los estudios. El arzobispo de Bangalore, monseñor D. S. Lourdusamy, nos recibió con los brazos abiertos, lo mismo que el rector del Seminario de St. Peter.

Buscamos en los alrededores una casa para nuestros estudiantes. Encontramos una apropiada que se llamaba “Shanti Nivas”, a solo diez minutos a pie del seminario. Compramos un terreno de unos 6.000 metros cuadrados al seminario St. Peter para construir una nueva casa de estudios. Junto con el arquitecto señor Sowraj diseñé el plano de la casa. Estaba pensada para sesenta estudiantes de filosofía y teología más los empleados. Tras quince meses de obras, la nueva casa, llamada “Seminario Claretiano” fue inaugurada por el arzobispo P. Arockiasamy el 29 de febrero de 1976.

Unos pocos años antes, en 1971, habíamos comprado a los Padres Carmelitas un terreno de unas ocho hectáreas en Carmelaram, en las afueras de Bangalore. Pusimos una granja lechera para la manutención de nuestros estudiantes. Construimos una sencilla casa de campo que sirvió también como casa noviciado. A doscientos metros de la casa levantamos los cobertizos para el ganado, los cerdos y las gallinas. En el otoño de 1971 me trasladé al noviciado de Carmelaram. Era como la *Blomhof* de Flischberg donde había aprendido agricultura y ganadería. La experiencia de aquellos años me ayudó mucho a poner en marcha la granja de Carmelaram.

Empezamos otro seminario menor en Carmelaram, en 1975, para los candidatos que venían de otros estados distintos de Kerala. Después lo trasladamos a Karumathur en Tamil Nadu donde

construimos un bonito y espacioso seminario. La solemne bendición de esta casa tuvo lugar el 27 de diciembre de 1977. Se nos encargó la parroquia de Karumathur en 1978 siendo el P. Mathew Njayarkulam el primer párroco.

1980: un año fatídico con alegrías y penas

El año 1980 fue un año de felicidad y, al mismo tiempo, de sufrimiento. Ese año murió en Würzburg el P. Andreas Back. Era una de las columnas de la Provincia de Alemania. Fue mi profesor en la escuela secundaria, mi superior y mi provincial. También murió el 18 de agosto de ese mismo año, en Spaichingen, el P. Peter Schweiger. Fue enterrado el día 22, fecha en la que tradicionalmente se celebraba la fiesta del Inmaculado Corazón de María. Fue él quien me llevó a los claretianos. Fue provincial durante bastantes años. Durante 18 años fue superior general en Roma. En ese mismo tiempo yo estaba internado en el hospital de Roding en la ciudad natal del P. Schweiger a consecuencia de un grave accidente. Cuando me enteré de la muerte del P. Schweiger lloré como un hijo que pierde a su padre. Lo recordamos con profunda gratitud. Jugó un papel decisivo a la hora de dar a la Congregación un carácter más universal y de extenderla por todo el mundo.

Durante los meses de mayo, junio y julio de 1980, aprovechando mis vacaciones, recorrí muchos kilómetros por las buenas carreteras de Alemania y Suiza buscando nuevos amigos para la misión de la India. Todo fue bien hasta el último día, el 5 de julio de 1980. Ese día la parroquia de mi pueblo Döfering celebraba el centenario de la fundación de los bomberos voluntarios. Yo tenía que predicar el sermón festivo y despedirme de todos antes de regresar a la India. Pero las cosas sucedieron de otra manera. El Padre Cyriac Njayarkulam que conducía el coche perdió el control debido a que el suelo estaba húmedo y resbaladizo. Fue de derecha a izquierda y tras zigzaguear unos momentos se empotró contra un árbol. El coche quedó totalmente destrozado. El conductor solo tuvo unas pequeñas heridas. No le pasó nada grave, pero lo mío fue mucho peor. Tenía fracturada la pelvis y la cadera izquierda. Tenía la glucosa alta y pesaba 105 kgs. Mi situación era crítica. Menos mal que a los pocos minutos llegó una ambulancia y nos llevaron al hospital de Roding en la selva bávara.

En Döring la gente esperaba al predicador para la fiesta, pero nadie lo había visto. A las 11 llegó la noticia de que el P. Dirnberger había sido ingresado en el hospital de Döring a consecuencia de un grave accidente. El párroco y mis familiares acudieron enseguida al hospital. Tanto los doctores como las enfermeras tenían mala cara. Estaban preocupados por mi vida. Después de unos cuantos días mejoró la situación. Empecé otra vez a estar de buen humor y a reír. Al cabo de tres meses los huesos de la pelvis soldaron bien, así que me pudieron operar la cadera derecha. Los familiares y sacerdotes me visitaban diariamente en el hospital.

Pude salir del hospital el primer domingo de adviento de 1980. El hueso artificial de la cadera no funcionaba como era debido. Me producía dolores terribles. Un especialista de Frankfurt me operó para colocarme otra prótesis. Pero tampoco esta vez funcionó la cosa. Una vez en la India, no tuve más remedio que pedirle a un doctor de Madurai que me retirara la prótesis que me habían implantado. Me resultaba imposible soportar los dolores. La herida cerró sin problemas. A partir de ahí tuve que valerme siempre de dos muletas para ir de un sitio a otro. Pude seguir haciendo mis trabajos, pero ya bastante disminuido.

Cuando la Madre Teresa de Calcuta me vio caminando con las dos muletas me dijo: “Esto es lo que los Claretianos necesitan hoy: no tanto actividades vistosas sino oración y sufrimiento paciente”. Creo que tenía razón. Ahora, mientras escribo estas líneas, debo reconocer que durante doce años he ido cojeando de un sitio a otro con dos palos y la cosa va mucho mejor de lo que había pensado.

Más hitos en el desarrollo de los claretianos en la India

A pesar de todo esto, la vida siguió adelante. En la fiesta de Claret de 1980 se ordenaron sacerdotes diez diáconos. Llegó el momento de pensar en un trabajo misionero y no sólo formativo. En la primavera de 1981 fui con el P. Madhavath al estado de Andhra Pradesh para buscar nuevos puestos misioneros. Después de entrevistarnos con los obispos de Vijayawada y Eluru acordamos hacernos cargo de los puestos de Bhattiprolu y Nallajerla al comienzo del año académico siguiente. Formamos dos equipos con los padres Joseph Madhavath y Mathew Njayarkulam como encargados. Ese mismo año aceptamos la misión de Medchal en la archidiócesis de Hyderabad. Las tres misiones se desarrollaron pronto y se convirtieron en parroquias misionales.

En Carmelaram, Bangalore, pasé doce años de mi estancia en la India hasta que fui trasladado, en 1983 a Karumathur, en el estado de Tamil Nadu, por el Visitador General durante la visita canónica. Con este traslado terminé mi tiempo como maestro de novicios y delegado. Mi sucesor como delegado de la Delegación de la India, dependiente de la Provincia de Alemania, fue el P. George Nedumpalakunnel. El P. Kuriakose Thekkilakattil fue nombrado superior y maestro de novicios en Claret Bhavan, Carmelaram. La despedida de Bangalore fue un poco dolorosa para mí. Pero el buen religioso no permite que nadie se dé cuenta de esto. Se da la vuelta como un soldado y dice: “A sus órdenes”. Y va. Basta.

Mi tiempo en Karumathur

En julio de 1981 me llevaron en *jeep* a Karumathur, en el distrito de Madurai, estado de Tamil Nadu. Algunos hermanos me habían aconsejado que no aceptara este destino debido al clima tan extremo de esa zona. El clima de Karumathur sería demasiado caluroso para mí, no me acostumbraría a ese clima tan seco y caluroso. Como fui enviado por obediencia, no me atreví a oponerme al destino. Y, de hecho, me acostumbré mejor que algunos hermanos de la India. La casa de Karumathur, debido a sus múltiples secciones, está considerada como la casa más difícil de la India. Logré resolver todos los problemas y dificultades con la protección de la Virgen.

El año 1984 trajo novedades para nuestro desarrollo en la India. La Delegación de la India pasó a ser Provincia. El hecho tuvo lugar el 10 de junio, solemnidad de Pentecostés. Todas las casas de la India, excepto la de Karumathur, que continuó dependiendo de Alemania, pertenecían a la nueva Provincia. La tarea de construir una nueva delegación a partir de esta casa le fue encargada a ... Dirnberger. Confiando en las bendiciones de arriba y en la colaboración de los hermanos, nos pusimos manos a la obra. Mientras tanto, el seminario “Clareth Bavhan” se había quedado pequeño. Teníamos que dividir a los seminaristas por etapas formativas. El obispo de Kumbakonam nos ofreció un terreno de algo más de 12.000 metros cuadrados con arrozales a un precio favorable. Hicimos un plano para el nuevo seminario de Kumbakonam con el arquitecto señor Sowraj. La obra se construyó en quince meses.

Lucha contra un mal social: el “infanticidio femenino”

En un número de la revista *India Today* apareció un artículo inquietante con este titular: “Nacidas para morir”. En él se informaba de que en Taluk, Usilampatti, donde está situado Karumathur, se eliminaban alrededor de 1.500 niñas recién nacidas. No podía creerlo. Les pregunté a los médicos y enfermeras si esto era cierto. Cuando me confirmaron este hecho tan triste me quedé muy impresionado. Como sacerdotes católicos, no podíamos permanecer callados ante esta situación.

Las niñas de la casta “Kallar” son muy pobres. Los padres no pueden permitirse pagar la dote exigida por la parte del novio. Por eso los padres creen que es un mal menor envenenar a la niñas recién nacidas. A los niños se les permite vivir porque en el futuro podrán mantenerse por sí mismos. También se deja con vida a la primera niña que nace, pero a todas las demás que vienen se las elimina. Esta es una tarea espantosa que suelen realizar algunas viudas. Se mezcla la leche materna con leche envenenada y se les da a beber a las niñas. Las niñas mueren al cabo de un cuarto de hora.

Un día el portero me llamó al recibidor. Enfrente de la casa me estaban esperando sesenta hombres fuertes que querían hablar conmigo. El que hacía de portavoz empezó diciendo: “Vosotros claretianos os estáis moviendo mucho en nuestro centro hindú. No podemos tolerarlo. Tenéis ya aquí el seminario “Claret Bhavan”, el colegio Claret, la escuela primaria y ahora pretendéis construir una iglesia. No os lo vamos a permitir. Karumathur es nuestro centro. Aquí tenemos cinco templos hindúes”.

El P. Packianatahn, el primer sacerdote de la parroquia de Karumathur, me tradujo su intervención. Yo repliqué entonces: “Los claretianos no hemos venido a Karumathur para discutir con ustedes. Hemos venido para ayudarles. Hemos levantado las escuelas para que sus hijos tengan una buena educación; si no, se van a quedar en simples *coolies* (jornaleros) toda su vida. ¿Tienen ustedes algo en contra de esto?”. “No estamos en absoluto en contra de esto –respondieron–. Les estamos muy agradecidos por esto. Pero nos oponemos a la construcción de su iglesia”. Al oír esto, el P. Packian reaccionó enseguida: “También mi madre también tiene una queja se queja del templo suyo que está aquí cerca. Ustedes no pueden prohibir la construcción de la iglesia”: Yo proseguí: “Tengo algo que decir contra ustedes. Dejen ya de matar a sus niñas. El Dios de ustedes y el nuestro son el único y mismo Dios. Ustedes le dan diferentes nombres: Indrea, Varuna, Agni, Shiva, Vishnu ... Nosotros lo llamamos Padre celestial. Es el mismo Dios. Es el Señor de la vida y de la muerte. Él nos prohíbe matar a las niñas. Por favor, dejen ya de matar a las niñas, dénnoslas a nosotros. Los claretianos las alimentaremos y cuidaremos de ellas con la ayuda de las hermanas”.

Aquellos hombres se quedaron callados y uno tras otro se fueron marchando. Después de eso, nadie volvió más. Construimos la iglesia parroquial dedicada a San Antonio María Claret y nadie protestó. Ahora vivimos como buenos vecinos.

Un año después construimos la “Casa Claretiana de Misericordia” en Azhagusirai para las niñas no deseadas. Admitimos unas a cincuenta niñas y dimos en adopción algunas a países como Suecia, Noruega, Alemania e Italia. Algunas también fueron entregadas en adopción a familias indias buenas. Asimismo, admitimos a ancianos para pasar los últimos años de su vida en esta casa. La “Casa Claretiana de Misericordia” se ha convertido en un punto de referencia en la zona de Karumathur.

Continúa la expansión

En 1982 nos atrevimos a dar el gran salto al norte de la India. Ya desde el principio habíamos previsto ubicarnos en tres estados: West Bengal, Orissa y Bihar. Por esta razón, escogimos el *Morning Star College* (Colegio “Estrella de la Mañana”) de Barrackpore, cerca de Calcuta, como lugar de formación para los futuros misioneros de esos estados. El rector del colegio, P. Chacko Valiyaveetil, SJ, era muy cercano a nosotros. Junto con el P. Anselmus hice una visita a Barrackpur y hablé con el cardenal Picachy sobre la posibilidad de tener una casa cerca del *Morning Star College*. El cardenal conocía muy bien a los claretianos de Roma. Su iglesia titular era la Basílica del Inmaculado Corazón de María en el barrio de Parioli. Apreciaba mucho a los claretianos de Roma por su buen hacer pastoral y por cuidar mucho las confesiones, desde el P. General hasta el último padre de la comunidad. Tal como me confesó, esto le había impactado mucho. Nos recibió con los brazos abiertos en su diócesis. Consultó también con su obispo auxiliar, que es decano de la Facultad de Teología de Barrackpur, sobre la admisión de nuestros estudiantes.

Al comienzo del siguiente semestre el P. Anselmus se trasladó a Barrackpur con cuatro estudiantes. Se quedaron en el *Star Morning College* hasta que pudimos conseguir un terreno en el campus para construir nuestro propio teologado. Posteriormente aceptamos una parroquia misional en la misión de Sanhali y abrimos un seminario menor en la diócesis de Raiganj.

Al cabo de ocho años, en 1992, la rama tamil de nuestra Congregación en la India se convirtió en delegación independiente con el P. Anselmus como superior delegado.

Quisiera decir también algo sobre nuestra presencia en Sri Lanka. A partir de 1979 empezaron a venir candidatos desde Jaffna a Karumathur para hacer su formación seminarística. Después del noviciado y la filosofía hicieron la teología en Bangalore. A causa de algunos problemas de tipo político se marcharon a estudiar a Manila con el apoyo de la provincia filipina. El primer sacerdote claretiano de Sri Lanka fue el P. Alfred M. Kirupanathan. En 1992 se empezó una comunidad en Welisara-Ragama cerca de Colombo con el P. Cyriac Njayarkulam como superior de la misión de Sri Lanka. Esta misión depende directamente de la Provincia de Alemania.

Epílogo

“Solo puedo decir gracias, nada más”.

El 13 de enero de 1993 cumplí 77 años. Mi vida se aproxima a su fin. ¿Qué puedo decir en el atardecer de la vida por todas las gracias y beneficios que Dios me ha dado a lo largo de tantos años? La canción de ofertorio de la Misa alemana de Schubert tiene un verso que dice: “Tú me diste, Señor, la existencia y la vida y luz celestial para aprender. ¿Qué te puedo dar a cambio yo, que no soy más que polvo? *Solo puedo darte las gracias. No puedo hacer otra cosa*”.

¿Qué puedo decirles a mis padres, a los sacerdotes y profesores que me han dado la vida y me han educado y formado? *Solo puedo darles las gracias. No puedo hacer otra cosa*.

¿Qué puedo decirles a mis amigos y bienhechores por su prolongado y permanente apoyo a nuestro trabajo misionero en la India? Una vez más: *Solo puedo darles las gracias. No puedo hacer otra cosa*. Recompénsalos tú, oh Señor, por todo lo bueno que han hecho porque yo soy incapaz de hacerlo.

Con la oración de la iglesia primitiva me gustaría terminar diciendo: “Maranatha, ven, Señor Jesús”.

El lunes de pascua, 12 de abril de 1993, el P. Dirnberger se murió en el Señor en *Claret Bhavan*, en Karumathur. Fue enterrado al día siguiente en una tumba especial preparada, tal como él deseaba, en la misma casa de Karumathur. Que el Señor premie a este gran misionero de Alemania que se afanó durante muchos años en la India buscando siempre la gloria de Dios y el bien de la Iglesia y de la Congregación.

Cyriac Njayarkulam, CMF